

Xavier  
Bosch La mujer de  
su vida



Joel, Raimon y Victòria, los hermanos Estrada, están muy unidos a pesar de que viven en distintas partes del planeta. Pero una investigación periodística pone a esta sólida familia en peligro. Joel, director de documentales, pronto se dará cuenta de que hay revelaciones que provocan que los sentimientos se tambaleen, que sacuden la vida y obligan a reescribir el pasado. Xavier Bosch, un escritor en plena madurez creativa, combina en esta novela lo mejor de sus dos mundos, el del constructor de intimidades y el del periodista, que se mezclan en una trama vertiginosa en la que nos adentraremos en el vínculo amoroso y descubriremos el precio que una familia puede pagar si osa traspasar las líneas rojas de la verdad.

A Romà

A los que buscan.  
A los que buscan y no encuentran.  
Y, sobre todo, a los que no buscan porque ni  
siquiera saben que tengan que buscar a nadie.

soy yo el secreto peor guardado.

FRANCESC GARRIGA BARATA,  
*Ragtime*

# 1

## La mujer de su vida

Solo se mueren los otros.

MARCEL DUCHAMP

Victòria fue la primera en cantar. De repente se levantó del banco de madera y, como si lo hubiese hecho siempre, se arrancó con un responsorio que sorprendió a todo el mundo. Su reacción se salía de la escaleta negociada antes de comenzar la ceremonia. Al oír las primeras notas, el párroco —un capuchino parco en palabras y gestos— decidió retirarse del altar y dejar que la mujer de la primera fila, de luto de la cabeza a los pies, desfogase su aflicción con una música inesperada. Ni ella misma había previsto que, de pronto, en plenas exequias, tuviese la necesidad de entonar una canción. De todas, quizá fuese la favorita de su madre. La que le había escuchado tantas veces mientras conducía por los alrededores de Vallvidrera, por los hayedos de la Garrotxa o por los viñedos de Alsacia. Los del cuarteto de cuerda —treinta euros por cabeza la función— se miraron por si la podían seguir. Pero era una escena improvisada, los músicos no tenían aquella partitura en su repertorio funerario y, respetuosamente, bajaron los arcos en señal de rendición. A la hija pequeña de Maria Vilalta Campabadal no le hizo falta ningún acompañamiento. Cuando hay sentimiento, la instrumentación sobra.

Joel y Rai no tardaron en ponerse en pie, apuntalando mutuamente su pena. Jamás se les habría ocurrido cantar en público —la vergüenza de los hombres a los cincuenta, la reputación...—, pero no quisieron dejar sola a su hermana. Los siguió la iglesia entera. Poco a poco, los familiares, los amigos y los compromisos que llenaban todos los bancos, de punta a punta, se iban poniendo de pie y canturreaban, como podían, para acompañar a la familia. Los que habían llegado más tarde y se hallaban de pie en los laterales de la nave y los que tenían la espalda apoyada en las columnas de piedra fría de la iglesia del monasterio de Pedralbes también se sumaron a las notas del «*gira, il mondo gira*». Más o menos. A media voz. Chapurreaban el italiano al tuntún, y cuando llegaban al estribillo, todos se sumaban. Era el único instante que los que habían coincidido en aquella intersección de la vida, entre el espacio y el momento, recordarían de una despedida con muchas flores, ningún parlamento de la familia y un puñado de sentimientos de resignación. Una muerte, cumplidos los ochenta, atempera la rabia. Alivia la sensación de injusticia. Es ley de vida, aseguran los que han esquivado la muerte y se quedan, de momento, un rato más. Solo se mueren los otros, había dicho el párroco al inicio del funeral.

Saül Estrada, con la mirada clavada en los zapatos polvorientos del cura, permaneció sentado. Dentro de su niebla, no escuchaba. Tampoco veía nada. Ni a sus tres hijos de pie, a su lado, ni la caja de madera ecológica que los chicos habían elegido para despedirse de su madre aquella mañana salpicada por la reverberación de un sol de enero. Ni se le ocurrió volverse para contemplar la iglesia repleta a su espalda. A la pobre Maria no se le habría pasado ese detalle. Él, en cambio, no miraba a ninguna parte. Ni siquiera estaba triste. Vacío, solamente. Abatido por el desenlace, por el infinito silencio de los últimos días. El hombre pegado al banco de la iglesia no era él. Se había quedado sin fuerzas. Como si, de repente, hubieran entrado en su casa y

le hubiesen robado la colección entera de recuerdos y arrebatado cada una de las alegrías que había acumulado durante toda una vida en pareja. Como si la policía científica, después de analizar las huellas de la caja fuerte, le hubiera comunicado que nunca más —nunca más, todo sonaba así de rotundo— recuperaría ninguno de los cincuenta y cinco años vividos junto a Maria. La mujer de su vida. Era la expresión que Joel había escogido para la esquela en los periódicos del 25 de enero de 2019 y era, precisamente, lo que Saül sentía. Maria. La mujer de su vida.

## 2

## Hay silencios que gritan

Un zapato describe, con discreción, el currículum de una persona. En el fondo de un armario, un par de zapatos son un libro de memorias. Maria Vilalta había dejado docenas, de todos los estilos y de todas las épocas, perfectamente alineados, como si fuese a abrir una tienda. Como si algún día hubiese de volver y pudiese elegir unas botas, unas sandalias o unos salones para la ocasión. Joel, con una rodilla clavada en el suelo y bamboleando el cuerpo hacia dentro del armario zapatero, los sacaba de dos en dos. Raimon los sujetaba con tres dedos, los miraba y los iba metiendo en bolsas de basura. No indultaba ninguno. Le parecía que unos tenían las tapas demasiado gastadas; otros, el tacón deformado de tantas caminatas o, da igual, estaban para tirar, nadie va a aprovechar este par. En todos los zapatos —lo comentó más de una vez— veía la forma del indisimulable juanete de su madre, que, con los años, había ido dando de sí la piel y destiñendo la protuberancia redondeada de cualquier calzado. Los pares metidos en cajas se descartaban con cartón y todo. A la basura.

—Nadie va a aprovechar esto.

—Victòria ha dicho que los tiremos todos a la basura. Sin miramientos.

—Ella solo quiere los abrigos. Que se los pruebe y decida qué hacer. Puede que se quede con alguno.

—Para el frío de Estrasburgo le serán muy útiles.



—Que no se engañe —dijo Rai—, Victòria hará lo que todo el mundo. Se los pondrá alguna vez para recordar a mamá...

—Bien hecho. Que haga lo que quiera...

—Se abrochará un botón o se acariciará la solapa, así, y pensará en ella.

—Muchas películas has visto.

—¿Es que tú nunca has olido una bufanda de alguien a quien echas de menos?

Joel había decidido que no estaba para dramas. Esa tarde no se podían venir abajo.

—Las Adidas de tenis... ¿qué?

—También fuera, ya ves... —Las arrumbó sin ninguna consideración—. Si el último partido con Vito debió de jugarlo hace... ¿cuánto? ¿Veinte años?

—Veinte... Como poco.

Los hermanos mayores de la familia Estrada Vilalta, los dos chicos, lo tuvieron claro. Se lo propusieron a su padre y él, absolutamente abatido, se dejó llevar. Aunque se hubiese negado, no le habrían hecho caso. Los viudos novatos no mandan. Estaba todo decidido. Él pasaría el fin de semana con Victòria en casa de Joel y, el lunes, cuando volviese a su piso y entrase en su habitación, se encontraría con el armario para él solo. De la ropa de su madre no quedaría ni rastro. Le ahorran el trance más devastador; la travesía de tener que descolgar cada prenda, suspirar con cada vestido y repetir las dos palabras más definitivas. Las únicas que, los primeros días, resuenan dentro de la cabeza. Nunca más. Como un badajo. Nunca más. Con cada abrigo, con cada camisa, con cada lágrima... Dos toques. Nunca más. El peor sonido. Cruel como pocos.

De paso, cuando Saül volviese a casa, se encontraría los estantes vacíos, limpios, con sus cosas ordenadas y todas a la vista, como no las había tenido en ningún momento de la convivencia en el piso de Vallvidrera. Había perdido a su mujer, pero había ganado espacio. «Qué bien, ¿eh, papá?»,

habían acordado que le dirían cuando se lamentase. «Que no se pierda el humor en casa de los Estrada, papá». Y estaban convencidos de que él, como respuesta, en señal de aprobación, les guiñaría el ojo del modo en que se lo habían visto hacer toda la vida. Si con Maria difunta todavía tenía los reflejos para guiñarles un ojo, todos darían por hecho que lo superaría.

Su madre acumulaba ropa, pero no sabían que fuese tanta. Ni de tantas décadas pasadas. Joel y Raimon llevaban dos horas largas trajinando en la habitación. Los armarios —el de las perchas, el de los cajones y el del espejo empotrado en la puerta corredera— estaban tan atestados que costaba sacar cualquier cosa. Ni las polillas cabían. A medida que iban haciendo sitio, el proceso se iba volviendo automático. Para sobreponerse, había que pensar poco e ir haciendo pilas. Camisas, blusones, vestidos, jerséis y faldas para Cáritas. Los sujetadores, a Engrunes, que habrá alguien a quien les sean útiles. Las bragas y las medias, para tirar. Los camisones —todos de seda— se los había pedido la señora Lourdes, cuarenta y dos años sin una sola queja, acudiendo de nueve a cinco, con el señor Saül y la señora Maria, que Dioslatengaensugloria.

—Me parece que Allan podría haber venido a ayudarnos...

—Tú estás de coña —saltó Rai como una mantis.

—Nos habría venido bien que nos echara una mano —insistió Joel, sin segundas intenciones.

Raimon detuvo la cadena de trabajo para que su hermano notase que no lo decía en broma.

—¿Tú te crees, en serio, que a Allan le apetecería entrar en esta casa?

—Hostia, Rai, ha pasado mucho tiempo...

—Si mamá levantara la cabeza y se lo encontrase aquí...

—¿Qué?

—Que volvería a palmarla.

—Porque... —Se lo pensó, para no meter la pata—. Una cosa... ¿Mamá llegó a saber quién era Allan?

—Yo no se lo dije. ¿Y tú?

Joel levantó la cabeza para subrayar la verdad de las palabras que estaba a punto de pronunciar. A veces la credibilidad depende de un tono.

—Tampoco, tampoco...

—¿Y esto?

Del fondo del armario, cuando ya parecía que nada más podía salir, Joel extrajo dos botes de pelotas de tenis.

—Mejor esto que una caja con los secretos...

—O las cartas de un amante de mamá. —Rai se puso rápidamente en situación—. ¿Te imaginas que en esta familia oasis, donde nunca ha pasado nada, de repente descubriésemos que...? Qué pereza.

—No cuentes con encontrar nada. La nuestra es una familia con mucha historia pero con pocas historias. Ni tesoros ni miserias.

—Una familia como todas, vamos.

—¿Qué estás haciendo? —Joel se sorprendió ante el gesto resuelto de su hermano.

—Tirar las pelotas, coño. Deben de estar gastadísimas.

—Pero son unas Wilson, hombre.

—¿Y?

—Se pueden aprovechar.

—¿Desde cuándo juegas tú a tenis?

—Jamás. Nunca. No tengo ni raqueta... —Joel abrió uno de los botes, sacó una pelota amarilla y la apartó—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitarla. ¿No quieres una?

Ni siquiera contestó. Rai agarró los dos botes y los facturó dentro de la bolsa de basura. En un abrir y cerrar de ojos habían llenado seis bolsas azules de cincuenta litros. Las habían ido dejando al lado de las butacas de la habitación. La butaca de su madre. Nunca más, pensaron también sus hijos. Y mira que se había pasado allí horas y horas en

las últimas semanas. Los últimos días, cuando ya no le quedaban voz ni fuerzas, su tiempo se reducía a levantarse de la cama con mucho miedo y, agarrada a su marido y a la señora Lourdes, dejarse caer en aquella butaca alta, con orejas, que le iba bien para reclinar la cabeza y encadenar cabezadas breves. Cuantas más mejor, sedada, para no pensar.

En cuanto Maria se quedó sin voz, Saül agarró la otra butaca, gemela, tapizada con cuadros príncipe de Gales, y la encaró hacia la de su mujer. Él se sentaba enfrente. Y se miraban. Sin decirse nada. Saül la contemplaba desde la hora de desayunar hasta que, a media tarde, con otra ardua maniobra, volvían a tumbarla en la cama. Un día tras otro. Uno frente al otro. Con ternura. El juego de la quietud. A metro y medio entre marido y mujer. Con el piano cerrado como única unidad de medida de la distancia entre ambos. Maria no hablaba porque no podía. Tampoco Saül le contaba nada. No se atrevía a debilitarla con un recuerdo. No quería importunarla con una emoción, ni quebrarle la paz de los últimos instantes con un misterio. Nunca se le habría ocurrido decirle que los médicos ya no tenían ningún otro plan, pero tampoco se atrevía a encadenar unas palabras que pareciesen una despedida. Al contrario, no se habría permitido que la última conversación le pudiese parecer a Maria un colofón demasiado intrascendente. Ignoradas las ofensas, quedaba el puro amor. La esencia. Así lo interpretaron sus tres hijos y la señora Lourdes. Cuando el tiempo simplemente se arrastraba, él tan solo buscaba la paz final, perfecta. Se miraban, se entendían y no se decían nada. Hay silencios que gritan, y aquel era uno de ellos.

El último jueves, Maria Vilalta Campabadal, sentada en la butaca, hizo un gesto con la mano para que corriesen las cortinas de la habitación. La claridad, de pronto, le molestaba en los ojos. El sol ilumina pero, en ocasiones, decolora la madera vieja. Desde su ventanal, en la cresta de Collse-

rola, había visto crecer Barcelona a sus pies. Las nuevas agujas de la Sagrada Familia, al norte; la espada del nuevo aeropuerto, al sur. Entremedias, y sin prisa, había ido despuntando una ciudad nueva. El perfil de las torres gemelas del Puerto Olímpico, la vela de un hotel a la orilla del mar y un barrio entero de rascacielos, salido de la nada, al final de una avenida en diagonal que resultó ser mucho más larga de lo que nadie había previsto. Desde que se fueron a vivir a Vallvidrera, antes de que naciese Joel, hasta la hora de la última luz, la ciudad había ganado en azules, en esplendor y en autoestima. Día a día, Maria había tenido el privilegio de verla entera, como un paisaje habitual, desde la atalaya de su habitación. Pero ya tenía bastante. Después de echarse un poco de colonia por la frente y el pelo, blanco y peinado hacia atrás, apuró el plato del último flan. Los que estaban en la habitación repararon en el modo en que le brillaban los ojos. Era la última voluntad de una golosa impenitente. Al menos así lo entendió Victòria, antes de decirle gracias, mamá, en voz muy baja, y deslizar la palma de la mano para cerrarle los párpados.

Viernes, sábado, domingo. Tan solo tres días y cuántas veces, todos juntos, se habían contado unos a otros el instante dulce del último flan.

Rai se acercó a Joel, lo abrazó fuerte por la cintura y apoyó la cabeza sobre su hombro. Hacía tiempo que no trabajaban en equipo, y después de aquel esfuerzo codo a codo de toda una tarde en una habitación en penumbra, vaciando una etapa entera en pocas horas, le apeteció estrechar a un hermano que cada vez veía con menos frecuencia.

—¿Vuelves a Copenhague?

—Tenemos billetes para mañana. No puedo alargarlo más. El trabajo, lo siento. En el museo me han dado dos días de permiso, lo he juntado con el fin de semana y bue-

no... —Dudó si decirlo—. Peor aún Allan, que ha tenido que usar dos días de vacaciones.

—Está bien que haya querido apoyarte...

—Sí. Sin él todo sería más difícil. Es un sol.

Cada uno, a su aire, dio una vuelta por el piso. Hicieron la ruta sin decirse nada. Su habitación, la que fue de ambos desde que nacieron —primero dos camitas, después literas y, al final, dos colchones grandes hasta que se marcharon de casa—, se había convertido en el cuarto de planchar de la señora Lourdes. La habitación de Victòria, en cambio, permanecía prácticamente igual. Con el mismo somier de barrotes dorados, la mesilla de siempre y todos los volúmenes de medicina ordenados por tamaño encima del escritorio. Los frascos de perfume continuaban en su sitio, en fila india, en el orden en que se los habían regalado. Únicamente habían desaparecido los peluches que, en otro tiempo, colgaban de todas partes. El pasillo, a oscuras, tenía algún ángulo muerto que a Rai siempre le había dado grima atravesar. Incluso ese sábado, con cuarenta y nueve años, sintió un escalofrío al pasar junto a la puerta del lavadero. El despacho de su padre —allí donde se encerraba los sábados y los domingos a repasar los números de sus empresas— olía a sus puros. Durante años, los Montecristo habían ido ahumando estantes, libros y rincones. Ninguno de los dos se entretuvo viendo fotos. Sus ojos pasaban de largo por encima de todos los marcos, por si acaso la nostalgia los arrastraba mar adentro y no sabían volver. Finalizado el paseo por los recuerdos de un hogar muy vivido, Joel se cubrió con la cortina de la ventana del comedor y se quedó pensativo. Se entretenía con la cadencia de los funiculares que tan bien conocía. No bajaba uno hasta que el otro no asomaba. El chirrido de los frenos de los vagones era uno de los sonidos de su infancia. A sus pies, los millones de luces anaranjadas de una Barcelona que empujaba para que volviese a hacerse de día. Rai, cauteloso, lo sorprendió por

detrás. Se envolvió en la cortina del mismo modo, como si fuese una capa, y se situó a su lado. Muy cerca.

—Hoy en la iglesia ha pasado algo, ¿verdad?

—Ah, ¿sí?

—A la salida, me ha parecido que te mosqueabas con alguien.

—¿Yo?

—Un tipo con bigote. Un hombre fuerte, pequeño, con bigote... Sabes quién te digo, ¿no? —A Rai se le aflautó la voz—. He oído que le decías que no era bienvenido al funeral.

—No me acuerdo. Hemos visto a tanta gente esta mañana... En días así es más fácil airear una habitación que las ideas.

—Joel, eh, hola. Soy tu hermano. A mí no me engañas. ¿Qué pasa?

—Ah, me parece que ya sé por quién lo dices... Nada. Un asunto de trabajo.

—Joel...

—El periodismo es lo que tiene. Nada que deba preocuparte.

—¿Has echado a un tipo del funeral de mamá pero tengo que fingir que no lo he visto?

—Exacto.

—No te metas donde no te llaman, ¿me oyes?

—Rai, eso me lo decía ella siempre.

—Recuerdo su voz. Perfectamente.

Joel agarró a su hermano por el hombro como quizá nunca antes lo había hecho.

—¿Sabes qué es gracioso, Rai? Que nunca le hice ni puto caso.